Que se hallaba la jóven escribiendo,
Detuvo el paso y esperó ahelante
Para poderla hablar el grato instante.
Mas viendo que seguia
Sin cesar un momento la escritura,
Esclamó con pavura
"Tal vez escribe de la tumba fria
Los terribles secretos que ha traído."
Y de espanto y pavor sobrecogido,
En silencio esperó que concluyese,
Temiendo distraerla
Y disgustarla acaso y ofenderla.

Marcó en tanto el reloj de blanca arena,
El instante feliz en que María
Ir al monte solia
Para hallarse mas cerca del Eterno;
Y dejando veloz lo que escribia,
Sin notar en Ruben, salió al instante
Con el placer marcado en su semblante.
El jóven solo al verse, corrió al punto
Sus ojos á fijar en el escrito
Que celestial asunto
Creyó que contuviera; y al momento,
Apenas respirando
Con agitado aliento,
Leyó con hondo afan, vertiendo llanto,
Lo que verá el lector en otro canto.

CANTO DECIMOCUARTO.

EL ESCRITO DE MARIA.

Venid y suspirando mansamente
Céfiros de la noche susurrad,
Y por el vago y silencioso ambiente
Los ecos de mis quejas derramad.
Venid...pero en silencio voluptuoso,
Trémulos, sin murmullos y sin voz,
Mientras dormita el mundo perezoso
En breves sueños de ilusion veloz.

A. G. Gutierrez.

CANTO DECIMOCUARTO.

EL ESCRITO DE MARIA.

.....
....
Si su ausencia os lastimó
Saldrá mi amor al camino;
Que puesto que es desatino
Deciros que tengo celos,
Han llegado mis desvelos
A ponerme en un crisol,
Donde los tengo del sol.
....

LOPE DE VEGA.

Amor me piden con ardiente anhelo
Ruben y Sara que entre penas gimen....!
!Ay! el amor, alta virtud del cielo,
Vivir no puede en el inmundo suelo
En donde imperan la maldad y el crimen!....

¡Amor!....mi amor es celestial, interno,
Emanacion del Hacedor Divino:
Inagotable arroyo cristalino
Que raudo corre hasta su Sér Eterno,
Océano inmenso del amor mas fino.

¡Amor! raudal de resplandor fecundo,
Salud del alma, de sonoro nombre,
Desconocido en el funesto mundo,
¡Cuál te confunde el corazon del hombre
Con las pasiones de su pecho inmundo!....

¡Amor!....orgullo, vanidad mundana,
Egoismos fatales en el suelo:
No hay mas amor que el del fulgente cielo,
Amor que vierte en la familia humana,
Dulce, inefable y salvador consuelo.

Dios, Dios tan solo es el amor sublime,
Puro y eterno que el placer derrama:
Unico amor del infeliz que gime:
Amor que á nadie de su bien exime,
Y que á los justos y á los malos ama.

Dios, Dios tan solo es el amor profundo,
Amor que siempre por do voy encuentro:
Amor que leo sobre el sol fecundo;
Amor que abarca el espacioso mundo,
Partiendo hermoso de su santo centro.

La noche, el dia, la brillante aurora,
El mar, las aves con su canto tierno,
Nos patentizan el amor interno
Del Sér sin mancha, Salvador y Eterno
A quien el cielo refulgente adora.

Las grandes pruebas de su amor las veo
En el esmero y creacion del hombre,
Obra admirable en que asombrada leo
El saber de ese Dios en quien yo creo,
A quién conozco y ensalcé su nombre.

Do quier que miro con afan sincero,
Su amor descubro que mi ser hechiza;
Su amor me muestra el campo que El matiza;
Y cuanto ostenta el Universo entero
Su amor inestinguible patentiza.

¡Lejanas luces desde polo á polo
Sobre azulados campos esparcidas,
¿Quién os presta el fulgor de que vestidas,
Para inspirar placer y gloria solo
En las noches venís apetecidas?....

¿Quién afirmó sin ansias ni desvelos,
De su poder sobre la base el mundo?
¿Quién la tierra y el sol, astro fecundo,
En la concavidad fiel de los cielos
Los suspendió con su saber profundo?

¿Quién hizo ese astro de fulgor siniestro
Que suspendido sobre el éter blando,
Con su luz plateada va alumbrando
En la callada noche el mundo nuestro,
Al redor cual satélite, rodando?

¿Quién hizo el aire que el mortal respira,
Soplo del cielo que á la muerte aterra?....
¿Quién de los senos de la fértil tierra
Hace salir las plantas que ella encierra
Y que el hombre crecer, absorto mira?....

El Amor, el Eterno, el Increado,
El amor eternal, amor divino,
Que todo para el hombre lo ha creado,
Ese amor cuanto vemos ha formado,
Amor inmenso, inestinguible y fino.

Y de ese amor incomprensible, ardiente,
Sedienta estoy sobre el humilde suelo,
Y corro hácia él con indecible anhelo,
Cual sedienta gacela hácia la fuente
Que le vuelva su espíritu y consuelo!....

Por ese amor angelical suspiro,
Porque es de mi alma y mis potencias centro:
Porque en él solo mi esperanza miro:
Porque en él solo mi delicia encuentro,
Y amor de Dios por donde voy respiro.

Secó la tumba pavorosa y fria
El amor mundanal de mi alma pura:
Nada amo ya sobre la tierra impura:
Mi amado es Dios, mi gloria, mi alegría,
El mundo mi prision triste y oscura.

Jamas profane mi cristiano lábio
Esa palabra amor de bien profundo,
Con el amor del corrompido mundo:
El dulce amor del Inmortal, del Sábio,
Con la pasion de nuestro pecho inmundo.

Nunca mi amante corazon confunda
La vanidad de la mezquina tierra
Que del mortal toda virtud destierra,
Con el amor con que mi Dios me inunda,
Unico amor en donde el bien se encierra.

De este amor santo, inestinguible y bello
Que los querubes en la gloria obtienen
Del Sér que al hombre las delicias vienen,
Es débil copia y lánguido destello
El que los padres á sus hijos tienen.

Sí, débil copia es el amor intenso
De un tierno padre que nos dá la vida,
De ese amor puro, celestial, inmenso,
Que Dios nos guarda en su mansion querida
Y en cuyas dichas inefables pienso.

Pero el que amor nuestros amantes llaman,
No es ¡ay! mas que la sed de sus pasiones
Con que su orgullo y vanidad se inflaman;
Ellos la pena y el dolor derraman
Cuando saciados ven sus corazones.

Pero el amor de Dios que el Orbe enciende,
Es infinito, poderoso y santo:
Amor que enjuga nuestro amargo llanto;
Que siempre puro de su Dios desciende
Para endulzar nuestro fatal quebranto.

No era el hombre al mirar por el pecado
El alma y cuerpo, por su mal, difuntos,
Sino un sér corrompido, agusanado,
Dos cadáveres ya, dos muertos juntos
Que perdieron el cielo idolatrado.

Pero el amor de Dios, ese amor fuerte,
Grande como El, inmenso, sin medida,
Cambió en dichoso su funesta suerte,
Y le sacó de la terrible muerte
Para darle feliz la eterna vida.

¡Y así Ruben en su eternal desvelo
Quiere que á él solo le consagre mi alma
El dulce amor del corazon consuelo!
¡Cómo en el mundo encontrará la calma
Quien vió el amor del refulgente cielo!

¡Todo por mí que ha de olvidar, esclama,
Porque es mi amor su bendecida gloria!....
¡Ah! no ve el triste que constante me ama,
Que la dicha del mundo es transitoria
Como del rayo la radiante llama.

No puso al hombre sobre el mundo entero,
El Dios que habita en el alcázar santo,
Sino tan solo como á fiel viagero
Que marcha en posta, sin parar, ligero,
Hácia la tumba que nos causa espanto.

Por eso puso, con saber divino,
En su ruta fatal zarzas y abrojos,
Para que el mundo le causase enojos,
Y sin parar siguiera su camino,
Y en Dios pusiera sus amantes ojos.

Sabio y amante colocó las penas
Junto al placer y celestial ventura,
Y horas de amor, dulcísimas, serenas,
De dicha grata y de delicia llenas,
Próximas á otras de fatal tristura.

La primavera de fragantes flores
Que alzan su aroma á las etéreas salas,
El campo viste respirando olores;
Pero el invierno atroz con sus rigores
Viene y le priva de su pompa y galas.

Entre celages nítidos fulgura
La blanca aurora que la flor halaga;
Pero la noche pavorosa, oscura,
Viene despues, y con su sombra impura
Los dulces rayos de su lumbre apaga.

Del modo mismo al delicado ambiente
Que el tallo mece del clavél ufano,
Sucede el aquilon que arranca insano
Con su terrible empuje de repente,
Las bellas flores del pensil galano.

Todas las cosas que natura ostenta,
Pasan, varían, sobre el suelo inmundo,
Y un bien apenas nos presenta el mundo,
Cuando del alma con furor lo ahuyenta,
Y un mal nos deja, en su lugar, profundo.

Nuestra salud y nuestra misma vida
Debajo están de la mudable suerte:
Quien hoy se encuentra en robustez cumplida,
Verá mañana su salud perdida,
O presa acaso de la dura muerte.

La juventud de mas vigor y brio,
En helada vejez cambia al momento;
Y todos ¡ay! con prontitud sin cuento,
Desde la cuna hasta el sepulcro frio
Tristes marchamos, sin hallar contento.

Todo nos dice que la tierra umbría,
De penas llena, de placer vacía,
No basta al hombre porque el bien le falta;
Y que solo hay quietud, paz y alegría,
En la region de los querubes alta.

Por eso Dios dispuso que en el suelo
La vida del mortal corta aparezca,
Porque acortando su existir de duelo,
Menos tambien el infeliz padezca,
Y halle la dicha al penetrar al cielo.

Nuestras mas dulces y tranquilas horas
Que al mundo atarnos con su halago alcanzan,
Cual las que existen de dolor traidoras,
Con fuerza igual á nuestro fin nos lanzan
De la orden del Eterno ejecutoras.

Y en un momento el pobre, el potentado,
El necio, el sabio, el justo, el iracundo,
Dejando el trage que llevó prestado
En el teatro que llamamos mundo,
Juntos descienden al sepulcro helado.

Como marinos que en el mar hirviente,
En frágil nave la tormenta aguantan,
Pero que al fin por la feroz corriente
Llevados son, y en el cristal luciente
Sepultados se ven y al mundo espantan;

Del tiempo así sobre la mar airada,
Que todo absorve con furor impío,
Remamos todos con esfuerzo y brio,
Salvar queriendo la existencia amada
Que está de Dios sujeta al albedrío.

Pero ¡ay! en vano; porque al fin nos hunde
Una onda suya que la vida tasa
Y que en la nada nuestro ser confunde,
Onda que al punto que el terror difunde,
Vuelve á cerrarse, y por encima pasa.

La vida empieza y la eternal fortuna
Cuando la vida acaba sobre el suelo;
Es el sepulcro, del mortal la cuna;
Su amada patria el refulgente cielo
Basada encima de la blanca luna.

Dios que á los séres por piedad destruye,
Segun dispone en su saber profundo,
Del hombre la obra la empezó en el mundo,
Y la dá perfeccion y la concluye
En su alta gloria y sobre el sol fecundo.

Y aun cuando el hombre desterrado y triste
Vive en la tierra, y entre abrojos anda,
Rey le hizo Dios de cuanto en ella existe,
Y sér ninguno á su poder resiste,
Y sobre todo con imperio manda.

¡Es desterado sobre el mundo el hombre!
Y sin embargo en su destierro impío,
El monte, el valle, y el undoso rio,
Y cuanto tiene sobre el mundo nombre,
Está bajo su imperio y su albedrío.

¡Es desterrado! y las canoras aves,
Por consolarle en su destierro, cantan!
A servirle las fieras se levantan;
Dánle los bosques sus veleras naves,
Y el campo flores que su vista encantan.

¡Es desterrado! mas la tierra entera
A su esfuerzo y afan, fiel corresponde,
Como su esclava que agradarle espera,
Y los tesoros que en su seno esconde
Le abre amorosa, pródiga y sincera.

Y si al mirarse desterrado y triste
Tanto poder le concedió en el suelo
El Sér Eterno, por quien todo existe,
¡Cuánto placer no gozará en el cielo
Que de la luna y que del sol se viste!....

Está en la tierra; pero no es del mundo
El hombre, copia del Señor cumplida:
La eternidad es su preciosa vida:
La negra tumba su placer profundo;
Su patria el cielo donde el bien se anida.

Aquí entre escollos y dolor y llanto
El hombre viaja y su salud destruye;
En el sepulcro de viajar concluye,
Y halla la dicha en el alcázar santo
A donde el alma de las penas huye.

¡Cómo podré, cuando conozco el cielo
Y sus dulces deleites he gustado,
Amar las dichas del humilde suelo,
Cárcel de horrores que manchó el pecado,
Donde siempre el dolor sigue al consuelo!....

Llora mi madre, y cuantos me aman lloran
Porque á su tierno amor no correspondo:
Ay! ellos que amo, en su dolor ignoran,
Del tierno corazon en lo mas hondo,
Al Dios Eterno cuyo amparo imploran.

En vez del llanto y del dolor profundo
Que hoy derramais por quien la tierra olvida,
Pensad que pronto dejareis el mundo,
Y que es un sueño del mortal la vida,
Y que dormís sobre el pecado inmundo.

Duermen los hombres, y las horas pasan
Continuando su curso velozmente;
Y mientras duerme el hombre dulcemente,
Las raudas horas que no duermen, tasan
Su corta vida que pasar no siente.

No duerme el tiempo; pues cual ancho rio
Todo lo arrastra en su veloz carrera,
Sin alterarse, sin estruendo impío;
Y lleva al hombre hasta el sepulcro frio
Que duerme audaz junto á su orilla fiera.

El hombre duerme; pero viaja, vuela,
Del tiempo en álas, sin saberlo él mismo;
Y cuando menos despertar recela,
Abre los ojos, y el terror le hiela
Al ver de la hoya el tenebroso abismo.

El sol que en luz la creacion envuelve,
Se pone y nace con su luz querida;
Mas ¡ay! del hombre la preciosa vida
Que lleva el tiempo destructor, no vuelve,
Ni vuelve el goce de la edad florida.

No hay cosa estable bajo el sol ninguna,
Pues todo el tiempo lo destruye impio;
Y el hombre débil y el mortal de brio,
Apenas salen de la tierna cuna,
Cuando ya bajan al sepulcro frio.

El hombre llora, y en los aires zumba
El ¡ay! amargo que por otros lanza,
Sobre sepulcros sin mirar que avanza,
Y que el suelo en que el pié poner alcanza,
Tornarse puede en dolorosa tumba.

Como la mies en el estenso llano
Corta velóz el segador fornido,
Así el tiempo arrebata al ente humano
Que se ve por su curso conducido
Hácia su fin, contra el que lucha en vano.

Mas do los unos sin cesar perecen,
Otros al mundo desdichado salen,
Para que así con prontitud se igualen
Con los sepulcros que pesares valen,
Las nuevas cunas que do quier se mecen.

La grande historia de los pueblos todos,
No es otra cosa que la historia larga
Del nacimiento y de la muerte amarga
De los mortales que en distintos modos
Llevan la vida como triste carga.

Yo á ver do quiera con asombro acierto
Ricas y hermosas, plácidas ciudades,
Donde fueron desiertas soledades;
Mas cambiadas tambien miró en desierto
Las ciudades sin par de otras edades.

Yo llego á descubrir los monumentos
De otras centurias ilustradas, finas,
Y torres que se alzaban á los vientos,
Debajo ¡ay Dios! de las presentes ruinas
Donde crecen silvestres los sarmientos.

Y soberbios alcázares altivos,
Contraste de las tristes catacumbas,
Do no hay otra memoria de los vivos,
Sino las negras pavorosas tumbas
Donde descansan al dolor pasivos.

¡Y quieren que ame el desdichado mundo
Y que olvide por él la eterna gloria!
¡Que prefiera al amor de Dios profundo,
El amor del mortal, tierra ilusoria
Que disponer no puede de un segundo!....

¡Pobre Rubén! á tu infeliz María
No le puede bastar tu honda ternura:
Es de Dios el amor del alma mia:
Tuyos serán mi mano y mi tristura;
Mias la pena atroz y la agonía.

¡Que nunca será mio,
Me dice aquí, su amor!
Rubén dijo con pena
Y quebrantada voz.

¡Que no me ama la hermosa!
Terrible confesion,
Cuando la quiero tanto
Como la rosa al sol!....—

Y se quedó abatido,
Confuso y sin color,
En cuanto la lectura
Funesta concluyó.

Despues en sí volviendo,
Mas con tristeza atroz,
Dijo: "que se haga en todo
La voluntad de Dios."

Y ahogando los sollozos
Dentro del corazon,
Del cuarto de María
Al punto se salió.

Mas ¡ay! buscaba en vano
La calma á su dolor,
Porque éste estaba dentro
Del tierno corazon.

"¡Me olvida por el cielo!"
Decia en su interior;
Y aquella preferencia
Su pecho desgarró.

Y desde entonces triste,
Y el rostro sin color,
El dia esperó grato
De su anhelada union.

CANTO DECIMOQUINTO.

LA LLEGADA.

Señor, tú eres santo, yo te amo, yo espero;
Tus dulces bondades cautivan el alma:
Mi pecho gastaron con diente de acero
Los gustos del mundo vacíos de calma.

J. Arolas.

CANTO DECIMOQUINTO.

LA LLEGADA.

¿Díme, hasta cuándo, fortuna
Objeto tuyo he de ser?
¿O cuándo tengo de ver
En tu faz piedad alguna?

Calderon de la Barca.

Algunos dias por ventura hacia
En que al salir de sus contemplaciones
Tiernas y largas la sin par María,
A su madre infeliz mas atenciones
Y mas halagos prodigar solia:
Cruzaba con Rubén dulces razones,
Y al mirar á los dos con dulce encanto,
Se asomaba á sus ojos tierno llanto.

Parecia que llena de ternura
Consolarles queria la inocente
De alguna larga y próxima amargura
Que amenazaba á entrambos fuertemente:
De alguna atroz desgracia, intensa, dura,
Que no esperaban en su bien presente,
Y que no obstante cerca se encontraba
Y á Sara y á Rubén amenazaba.

Y casi nunca desde aquel momento
Se llegaba á apartar de ellos María,
Cual si del bien y del placer sin cuento
Que de mirarla cada cual sentia,
No les quedase ya, para tormento,
Sino leves instantes de alegría
De que privarles sobre el triste mundo
Ya no queria en su dolor profundo.

Sara y Rubén sin libertad ante ella
Sus pensamientos confiar no osaban,
Porque en la hermosa, como blanca estrella,
Un sér estraño y celestial miraban:
Mas solos al quedarse sin la bella,
Uno de otro en los brazos se arrojaban,
Y los sollozos á exhalar del pecho
Al fin llegaban al dolor estrecho.

La nueva al fin se recibió anhelada
De que el anciano Benjamin vendria,
Pues se hallaba del pueblo á una jornada,
Sin falta alguna en el siguiente dia:
La noticia al oir por Rubén dada,
Estremecióse á su pesar María,
Y luego dijo en lo interior del alma
Volviendo al pecho la perdida calma.

—¡Ah!...ya era tiempo!...¡Bien sabeis, Dios mio,
Las horas ajustar y los momentos
De cada cosa sobre el mundo impío,
Para al hombre salvar de sus tormentos!....
Sujeta está, Señor, á tu albedrío
Mi voluntad y al par mis pensamientos:
Hágase, pues, tu voluntad divina,
Mi frente ante ella con amor se inclina.

Y mirando al través del blanco velo,
Con que su rostro se cubrió la hermosa,
Al mísero Rubén que sin consuelo
Sobre la tierra se encontraba odiosa,
Pudo el llanto ocultar que el alto cielo
Arrancaba de su alma cariñosa,
Y con lánguida voz, imperceptible,
Dijo la jóven cándida y sensible.

—¿Y esta del corazon, parte querida,
He de dejar sobre el funesto mundo?....—
Y alzó la vista al cielo enternecida,
Y en éstasis quedó largo y profundo:
En santos pensamientos sumergida
Que la arrancaban de este suelo inmundo,
Como un ángel quedó puesta de hinojos,
De llanto llenos sus radiantes ojos.

El padre de Rubén llegó á otro dia,
Cual disponer al Hacedor le plugo,
Montado sobre un asno que tenia
Como se usaba, acostumbrado al yugo:
Servidumbre sin cuento le seguia
De que era amante padre y no verdugo;
Y fieles y antiquísimos criados
Conduciendo sus prósperos ganados.

Al punto mismo recibióle Sara
Con el mayor placer; y en el momento
Hizo que junto al fuego se sentara
En que el alerce ardia y el sarmiento:
Y despues de obligarle á que tomara
Una copa de vino por sustento,
Y tortas ademas de escanda pura,
Se quedaron mirando con dulzura.

—La vida ha sido de nosotros larga,
Se decian los dos: nuestra existencia
Contar podemos como dura carga
Que Dios nos dió por su eternal clemencia:
Ambos la copa del dolor amarga
Hemos bebido con feliz paciencia,
Y aqueste valle de eternal quebranto
Regado habemos con amargo llanto.

Mas pasado el primer triste momento
De asombro y de letal melancolía,
Se embriagaron sus almas de contento
Al volverse allí á ver sin pena impía:
Hablaron con sensible y grato acento
De otros tiempos pasados de alegría:
Recordaron ternísimas historias,
Y de la juventud dulces memorias.

Memorias que los dos luego admirados
Exentas las hallaron de amargura;
Y es que los tiempos que se ven pasados,
Libres se ven de pena y de tristura;
Cual los ricos licores que guardados
En vasos de oro estánó plata pura,
Con los años que pasan no conservan
Mas que el buen gusto que entre sí reservan.

De sus hijos despues con alegría
Largamente los dos con gusto hablaron;
Y de la union el venturoso dia,
Sin consultar con ellos, señalaron;
Sara elogiaba á su feliz María;
Mas sus miembros de súbito temblaron
Sin poder la inquietud vencer estrema
Que rompe el corazon, que el pecho quema.

El viejo Berjamin á su vez luego
De Rubén con orgullo habló y ternura:
Rubén de su vejez era el sosiego:
La gloria de sus canas, su ventura:
Sus riquezas contó, y el santo fuego
Conque amaba á su prima tierna y pura;
Los ganados sin cuento que gozaba,
Y la alta herencia que al morir le daba.

Que el proyectado enlace llenaria
Su cansada vejez de honda dulzura:
Que su nueva familia creceria
Como un plantel de olivos, siempre pura;
Y que su casa refloreceria
Cual viña nueva donde el sol fulgura;
Cual junto al olmo carcomido medra
La tierna y débil y sonante yedra.

Pero en medio el placer grande, profundo,
Que ya en la ancianidad cansada y fria
Es triste como el rayo moribundo
Del sol fulgente al espirar el dia,
Se presentó cual astro rubicundo
Acompañada de Rubén, María;
Como la gota del rocío pura
Que en la hoja de la flor tiembla insegura.

Al verla Benjamin quedó asombrado,
Y á Rubén que el temor jamas destierra,
Le preguntó con paternal agrado,
"¿Pertenece esa vírgen á la tierra?
¿Desde cuándo los ángeles, oh amado,
Se unen al hombre que en el mal se aferra?"
Y en silencio quedó, y el dulce llanto
Humedeció sus párpados en tanto.

La jóven se acercó sin que en el suelo
Pareciera poner su planta breve,
Arrojando á la espalda el débil velo,
Blanco como al caer la floja nieve:
Y tierna alzando su mirada al cielo,
Dijo con voz armoniosa y leve,
"¿Darme no me quereis, oh padre mio,
Vuestra fiel bendicion como yo ansío?....

—¡Hija, esclamó el anciano, quien te vea,
Bendita te creerá, porque tú lo eres
Como tu alma dulcísima desea,
Como no habrá en la tierra muchos séres:
Tú eres bendita en la feráz Judea
Entre todas las cándidas mugeres;
¿La bendicion de un viejo qué seria
Para tí, ángel de amor, bella María?....

Y estuvo á punto de humillar sus canas
Delante de ella desde aquel instante;
Pues sus altas virtudes sobrehumanas,
Su dulce voz, y su mirar radiante,
La aureola de luces soberanas
Que brillaba en su angélico semblante,
Temblar el corazon habian hecho
En lo mas hondo de su anciano pecho.

CANTO DECIMOSESTO.

EL DIA DEL ENLACE.

El cádaver del hombre, caso es cierto,
Que no es hombre; que aquel que grande renombre
Se debe al alma; luego si no es hombre
El que sin alma yace helado y yerto,
Y yo sin alma vivo cuando advierto
Una rara hermosura, no os asombre
El no ser lo que fuí, pues de hombre el nombre
No le puedo tener despues de muerto.
Al veros os dí el alma en que vivia;
Al oiros otra alma he recibido:
Luego soy otro ya del que solia:
Porque si al alma ser hemos debido,
Y yo no tengo el alma que tenia,
Es preciso ser otro del que he sido.

Calderon de la Barca.